

una exclamación de horror me cortó la palabra y me hizo suspender la lectura.

Cantarranas estaba nervioso, y la poetisa se abanicaba con furia, ciega de enojo y hecho un basilisco. No sé si he dicho que una de las cuatro personas de mi auditorio, era una poetisa. Creo llegada la ocasión de describir á esta ilustre hembra.

II

La cual pasaba por literata muy docta y de mucha fama en todo el mundo, por haber escrito varios tomos de poesía, y borronado madrigales en todos los álbuns de la humanidad. Cumpliendo cierta misteriosa ley fisiológica, era rubia como todas las poetisas, y obedeciendo á la misma fatalidad, alta y huesuda. La adornaba una muy picuda y afilada nariz, y una boca hecha de encargo para respirar por ella, pues no eran sus órganos respiratorios los más fáciles y expeditos. No sé qué tenían sus obras, que llevaban siempre el sello de su nariz, visión que me persiguió en sueños varias noches; y el mismo efecto

de pesadilla me causaban dos rizos tan largos como poco frondosos, que de una y otra sien le colgaban. Por lo que el traje dejaba traslucir, era fácil suponer su cuerpo como de lo más flaco, amojamado y pobrecillo que en Safos se acostumbra.

Era viuda, casada y soltera. Expliquémosnos. Siempre se la oyó decir que era viuda; todos la tenían por casada, y era en realidad soltera. En una ocasión vivió en cierto lugar con un periodista provinciano, y allí pasaban por esposos. El infeliz consorte fué un mártir. Llamaba ella á las piernas *columnas del orden social*, lo cual no era sino gallarda figura retórica, que cubría su mortal aversión á coser pantalones. Ella no cogía los puntos á los calcetines, porque, poco fuerte en toda clase de ortografías, siempre tenía en boca aquella sabia máxima: *no se vive sólo de pan*, apotegma con que quería disimular su absoluta ignorancia en materia de guisados. La novela era su pasión: en el folletín del periódico de su marido, publicó una que éste, aunque enemigo de prodigar elogios, calificaba de piramidal. Yo leí tres hojas, y confieso que no me pareció muy católica. También escribió otra que ella llamaba *eminente moral*. No quise moralizarme leyéndola, y re-

galé el ejemplar á mi criado, el cual lo traspasó á no sé quién.

Excuso reiterar la veneración que me infundía la tal señora por su competencia en el arte de novelar. Me había dicho repetidas veces, que quería inculcarme alguno de sus elevados principios, y con este fin asistía como inexorable juez á la lectura.

La buena de la poetisa se escandalizó viendo el giro que yo daba á la acción. Rabiosamente idealista, como pretendían demostrar sus rizos y su nariz, no podía tolerar que en una ficción novelesca entrasen damas que no fueran la misma hermosura, galanes que no fueran la caballeridad en persona. Por eso, saliendo á defender los fueros del idealismo, tomó la palabra, y con áspera y chillona voz, me dijo:

“¿Pero está usted loco? ¿Qué arte, qué ideal, qué estilo es ese? Usted escribirá sin duda para gente soez y sin delicadeza, no para *espíritus distinguidos*. Yo creí que se me había llamado para oír cosas más cultas, más elegantes. ¡Oh! No comprendo yo así la novela. Ya veo el sesgo que va usted á dar á eso: terminará con burlas indignas, como ha empezado. ¡Ay! ¡Encanallar una cosa que empezaba tan bien! Ahí está el germen de

una alta obra moralizadora. ¡Qué lástima! Esa bohardilla, ese joven pobre que vive en ella, melancólicamente entretenido en contemplar á la dama del mirador... y pasan días, y la mira... y pasan noches, y la mira... ¡Que me maten si con eso no era yo capaz de hacer dos tomos! Y esa dama misteriosa... yo no diría quién era hasta el trigésimo capítulo. Tenía usted admirablemente preparado el terreno para componer una obra de *largo aliento*. ¡Qué lástima!

Al oír esto, no sé qué pasó por mí. Puesto que debo hacer confesión franca de mis impresiones aunque me sean desfavorables, me veo precisado á decir que el dictamen de persona tan perita me desconcertó de modo que en mucho tiempo no acerté á decir palabra. Sirva el rubor con que lo confieso de expiación á mi singular audacia y á la petulante idea de convocar tan esclarecido jurado para dar á conocer uno de los más ridículos abortos que de mente humana han podido salir. Al fin me serené, gracias á algunas frases bondadosas del siempre magnífico duque, y haciendo un esfuerzo, respondí á la poetisa:

“Y dado el principio de la novela; dados los dos personajes, la bohardilla, el cierro y

lo demás, ¿qué discurriría usted? ¿Cómo desarrollaría la acción? (Inútil es decir que al hacer estas preguntas sólo me guiaba el deseo de aprender, apoderándome de las recetas que para componer sus artificios literarios usaba aquella incomparable sibila.)

—¡Oh! ¿Qué haría yo, dice usted?—repuso acercándose á mí con tal violencia que pensé que me iba á saltar los ojos con su nariz; —¿qué haría yo? Seguramente había de *tirar* mucho partido de esos elementos. Supongamos que soy la autora: ese joven pobre es muy hermoso, es moreno é interesante, un tipo meridional, tórrido, un hijo del desierto. Desde su ventana mira constantemente á la joven, y pasa la noche oyendo el triste *mayer* de los tigres (así llamaremos por ahora á los gatos hasta encontrar otro animal más poético), y desde allí se aniquila en el loco amor que le inspira aquella dama misteriosa, misterioooooosa... ¿Qué haré? ¡Dios mío! Primero describiría á la dama muy poética... ticamente, muy lánguida, con cabellos rubios, muy rubios y flotantes, y una cintura así... (Al decir esto, hizo un ademán usual, determinando con los dedos pulgar é índice de ambas manos un círculo no más grande que la periferia de una cebolla.) La

pintaría muy triste, vestida siempre de blanco, apoyada día y noche en el barandal, la mano en la mejilla, y contemplando la enredadera, que trepando como vegetal lagartija por los balcones, hasta sus mismos hombros llegaba.

—Le advierto á usted—dije con timidez—que yo no he puesto jardín, sino calle.

—No importa—respondió;—yo quito la calle y pongo pensiles. Continúo: la supondría siempre muy triste, y de vez en cuando una lágrima *asomaba* á sus ojos azules, semejando errante gota de rocío que se detiene á descansar en el cáliz de un jacinto. El joven mira á la dama, la dama no mira al joven. ¿Quién es aquella dama? ¿Es una esposa víctima, una hija mártir, una doncella pura lanzada al torbellino de la sociedad por la furia de las pasiones? ¿Ama ó aborrece? ¿Espera ó teme? ¡Ah! Esto es lo que yo me guardaría muy bien de decir hasta el capítulo trigésimo, donde pondría el gran *golpe teatral* de la obra... Veamos cómo desarrollaría la acción para lograr que se vieran y se conocieran los dos personajes. Un día la dama llora más que nunca y mira más fijamente al jardín; su vestido es más blanco que nunca y más rubios que nunca sus cabe-

llos. Un pajarito que juguetea entre las matas viene á apoyarse en la enredadera junto á la mano de la dama, y como al ver la yema del dedo gordo crea que es una cereza, la pica. La joven da un grito, y en el mismo momento el pajarillo *se salva* asustado, remonta el vuelo y va á posarse en la bohardilla de enfrente. La dama alza la vista siguiendo al diminuto volátil y ve... ¿á quién creeréis que ve? Al joven que ha estado doce capítulos comiéndosela con los ojos sin que ésta se dignara mirarle. Desde entónces una corriente eléctrica se establece entre los dos amantes. ¡Se habían contemplado! ¡Ay!

Al llegar aquí, volvíme casualmente hacia el duque de Cantarranas: estaba pálido de emoción y una *lágrima se asomaba* á sus ojos verdes, semejando viajera gota de rocío que se detiene á reposar en el cáliz de una lechuga. Sentíame yo confundido, anonadado ante la pasmosa inventiva, la originalidad, el ingenio de aquella mujer, junto á quien las Safos y Staëlas eran literatas de tres al cuarto. De los demás personajes de mi auditorio nada diré todavía.

—“¡Bravo, soberbio!—exclamó Cantarranas aplaudiendo con fuerza y entusiasmándose de tal modo que se le saltó el mal pe-

gado botón de la camisa, y las puntas del cuello postizo quedaron en el aire.

—¿Le gusta á usted mi pensamiento?—preguntó la poetisa.—Esto es el *canevas* tan sólo; después viene el estilo y...

—Me entusiasma la idea—repliqué, apuntando con lápiz lo que ella con el mágico pincel de su fantasía dibujara.

—Ese es el camino que usted debe seguir—añadió, dando á Cantarranas un alfiler para que afirmase el cuello.

—¡Oh! el recurso del pajarillo es encantador.

—El pajarillo—dijo Cantarranas—debe ser el intermediario entre la dama blanca y el joven meridional.

—Pues yo continuaría desarrollando la acción del modo siguiente—prosiguió ella.—Veamos; el joven tomó el pajarillo con sus delicados dedos, y dándole algunas miguitas de pan, le alimentó varios días, consiguiendo domesticarle á fuerza de paciencia. Verá usted qué raro: le tenía suelto en el cuarto sin que intentara evadirse. Un día le ató un hilito en la pata y le echó á volar; el pájaro fué á posarse al balcón en donde estaba la dama, que le acarició mucho y le obsequió con migajitas de bizcocho, mojadas en leche.

Volvió después á la bohardilla; el joven le puso un billete atado al cuello, y el ave se lo llevó á la dama. Así se estableció una rápida, apasionada y volátil correspondencia, que duró tres meses. Aquí copiaría yo la correspondencia, que ocuparía medio libro, de lo más delicado y elegante. El empezaría diciendo: "Ignorada señora: los alados caracteres que envió á usted, le dirán, etc..." Y ella contestaría: "Desconocido caballero: Con rubor y sobresalto he leído su epistola, y mentiría si no le asegurara que desde luego he creído encontrar un leal amigo, un amigo nada más...", Por esto de los amigos nada más se empieza. Así se prepara al lector á los grandes aspavientos amorosos que han de venir después.

—¡Qué ternura, qué suavidad, qué delicadeza!—dijo el duque en el colmo de la admiración.

—Acepto el pensamiento—manifesté, anotando todo aquel discreto artificio para encajarlo después en mi obra como mejor me conviniese.

Después que la poetisa hubo mostrado en todo su esplendor, adornándole con las galanuras del estilo, su incomparable ingenio; después que me dejó corrido y vergonzoso

por la diferencia que resultaba entre su inventiva maravillosa y el seco, estéril y encanijado parto de mi caletre, ¿cómo había de atreverme á continuar leyendo? Ni á dos tirones me harían despegar los labios; y allí mismo hubiera roto el manuscrito, si el duque, que era la misma benevolencia, no me obligase á proseguir, con ruegos y cortesías, que vencieron mi modestia y trocaron en valor misfundados temores. Busqué, pues, en mi manuscrito el punto donde había quedado, y leí lo siguiente:

—"El joven Alejo era pobre, muy pobre. (Bien—dijo la poetisa.) Sus padres habían muerto hacía algunos años, y sólo con lo que le pasaba una tía suya, residente en Alicante, vivía, si vivir era aquello. La mala sopa y el peor cocido con que doña Antonia de Trastamara y Peransurez le alimentaba eran tales, que no bastarían para mantener en pié á un cartujo. Y aun así, doña Antonia de Trastamara y Peransurez, tan noble de apellido como fea de catadura, solía quejarse de que el huésped no pagaba; horrible acusación que hiela la sangre en las venas, pero que es cierta. (La poetisa articuló una censura que me resonó en el corazón como un eco siniestro.) Así es que con los doscientos

tos reales que de Alicante venían, el pobre no tenía más que para palillos, que era, en verdad, la cosa que menos necesitara. Luego las deudas se lo comían, y no podía echarse á la calle sin ver salir de cada adoquín un acreedor. Como era míope, las monedas falsas parece que le buscaban. ¡Singular atracción del bolsillo raras veces ocupado! En cuanto á distracciones, no tenía, aparte la dama citada, sino las murgas que en bandadas venían todas las noches, por entretener á la gente colgada de los balcones.

—¡Ay! ¡ay!—observó la poetisa,—eso de las murgas es deplorable. Ya ha vuelto usted á caer en la sentina.

Al oír estó, otro de los personajes que me escuchaban rompió por primera vez su silencio, y con atronadora voz, dando en la mesa un puñetazo que nos asustó á todos, dijo:

—No está sino muy bien, magnífico, sorprendente. Pues qué, ¿todo ha de ser lloriqueos, blanduras, dengues, melosidades y tonterías? ¿Se escribe para doncellas de labor y viejas verdes, ó para hombres formales y gentes de sentido común?

Quien así hablaba era la tercera eminencia que componía el jurado, y me parece llegada la ocasión de describirlo.

III

Don Marcos había sido novelista. Desde que se casó con la comercianta en paños de la calle de Postas, dejó las musas, que no le produjeron nunca gran cosa ni le ayudaron á sacar el vientre de mal año. Continuaba, sin embargo, con sus aficiones; y ya que no se entregara al penoso trabajo de la creación, solía dedicarse al de la crítica, más fácil y llevadero. Siempre en sus novelas (la más célebre se titulaba *El Candil de Anastasio*) brillaba la realidad desnuda. De las muchas diferencias que existían entre su musa y la de Virgilio, la principal era que la de D. Marcos huía de las sencillas y puras escenas de la naturaleza; y así como el pez no puede vivir fuera del agua, la Musa sudodicha no se encontraba en su centro fuera de las infectas bohardillas, de los húmedos sótanos, de todos los sitios desapacibles y repugnantes. Sus pinturas eran descarnados cuadros, y sus tipos predilectos los más extraños y deformes seres. Un curioso aficionado á la estadística, hizo constar que en una

de sus novelas salían veintiocho jorobados, ochenta tuertos, sesenta mujeres *de estas que llaman del partido*, hasta dos docenas y media de viejos verdes, y otras tantas viejas embaucadoras. Su teatro era la alcantarilla, y un fango espeso y mal oliente cubría todos sus personajes. Y tal era el temperamento de aquel hombre insigne, que cuanto Dios crió lo veía feo, repugnante y asqueroso. Estos epítetos los encajaba en cada página, ensartados como cuentas de rosario. Era prolijo en las descripciones, deteniéndose más cuando el objeto reproducido estaba lleno de telarañas, habitado por las chinches ó colonizado por la ilustre familia de las ratas; y su estilo tenía un desaliño sublime, remedo fiel del desorden de la tempestad. ¿Será preciso decir que usaba de mano maestra los más negros colores, y que sus personajes, sin excepción, morían ahogados en algún sumidero, asfixiados en laguna pestilencial, ó asesinados con hacha, sierra ú otra herramienta estrambótica? No es preciso, no, pues andan por el mundo, fatigando las prensas, más de tres docenas de novelas suyas, que pienso son leídas en toda la redondéz del globo.

De su vida privada se contaban mil aventuras á cual más interesantes. Mientras

fué literato, su fama era grande, su hambre mucha, su peculio escaso, su porte de esos que llamamos de mal traer. El editor que compraba y publicaba sus lucubraciones, no era tan resuelto en el pagar como en el imprimir, achaque propio de quien comercia con el talento; y D. Marcos, cuyo nombre sonaba desde las márgenes del Guadalete hasta las del Llobregat, desfallecía cubierto de laureles, sin más oro que el dé su fantasía, ni otro caudal que su gloria. Pero quiso la suerte que la persona del insigne autor no pareciese costal de paja á una viuda que tenía comercio de lana y otros excesos en la calle de Postas: hubo tierna correspondencia, corteses visitas, honesto trato; y al fin uniólos Himeneo, no sin que todo aquel barrio murmurara sobre el por qué, cómo y cuándo de la boda. Lo que las musas lloraron este enlace, no es para contado; porque viéndose en la holgura, trocó el escritor los poco nutritivos laureles por la prosáica hartura de su nueva vida, y cuéntase que colgó su pluma de una espetera, como Cide Hamete, para que de ningún ramplón novelista fuera en lo sucesivo tocada. Después de larga luna de miel, cual nunca se ha visto en comerciantes de tela,

se afirma que no reinó siempre en el hogar la paz más octaviana. No están conformes los biógrafos de D. Marcos en la causa de ciertas riñas que pusieron á la esposa en peligro de morir á manos de su esposo: unos lo atribuyen á veleidades del escritor, otros más concienzudos, y buscando siempre las causas recónditas de los sucesos humanos, á que el pesimismo adquirido cultivando las letras infiltróse de tal modo en su pensamiento, que llenó su vida de melancolía y fastidio. ¡Tal influjo tienen las grandes ideas en las grandes almas!

A los ojos del profano vulgo, D. Marcos era siempre el mismo. Aconsejaba á los jóvenes, procurando guiarles por el camino de la alcantarilla. Daba su opinión siempre que se la pidieran, y no negaba elogios á los escritores noveles, siempre que fuesen de su escuela colorista, que era la escuela del betún.

Este es el tercer personaje de los cuatro que formaban mi auditorio, y este el que expuso su modo de pensar, diciendo:

„No está sino muy bien. Hay que pintar la vida tal como es, repugnante, soez, grosera. El mundo es así: no nos toca á nosotros reformarlo, suponiéndolo á nuestro capricho

y antojo: nos cumple sólo retratar las cosas como son, y las cosas son feas. Ese joven que usted ha pintado ahí tiene demasiada luz, y le hace falta una buena dosis de negro. Hoy no saben dar claro-oscuro al estilo, y desde que han dejado de escribir ciertas personas que yo me sé, está la novela por los suelos. Si usted quiere hacer una obra ejemplar, rodee á ese caballerito de toda clase de lástimas y miserias; arroje usted sobre él la sombra siniestra de la sociedad, y la tal sociedad es de lo más repugnante, asqueroso é inmundó que yo me he echado á la cara. Y después, si le conviene ofrecer una lección moral á sus lectores, haga que el chico se trueque de la noche á la mañana, por la sola fuerza del hambre y del hastío, en un sér abyecto, revelando así el fondo de inmundicia que en el corazón de todo sér humano existe. Preséntele usted con toda la negra realidad de la vida, braceando en este océano de cieno, sin poder flotar, y ahogándose, ahogándose, ahogándose... Pero, eso sí, déjele usted que se enamore con hidrofobia de la dama de enfrente; porque en ese gran recurso dramático ha de cimentarse todo el edificio novelesco. Si yo me encargara de desarrollar el plan, lo haría

de ingenioso modo, nunca visto ni en novelas ni en dramas.

—¿A ver, á ver?—interrogamos todos, yo por afán de penetrar los pensamientos literarios de mi amigo, los demás por curiosidad y deseo de ver en todo su horror la cloaca intelectual de aquel atróz ingenio.

—Yo haría lo siguiente,—continuó:—le supondría muy desesperado sin saber qué hacer para comunicarse y entablar relaciones con la dama de enfrente. Suprimo eso del pajarito, que es insufrible. (La poetisa dejó traslucir, con un movimiento de indignación, su ultrajado amor de madre.) Él piensa unas veces meterse á bandido para robar á la dama; otras se le ocurre quemar la casa para sacar á la señora en brazos. Entre tanto se pone flaco, amarillo, cadavérico, con aspecto de loco ó de brujo: la casa se cae á pedazos, y en su miseria se ve obligado á comer ratas. (Cantarranas cerró los ojos después de mirar al cielo con angustia.) Un día se le pasa por las mientes un ardid ingenioso, y para esto tengo que suponer que vive, no en la casa de enfrente, sino en la bohardilla de la misma casa. Modificada de este modo la escena, fácil es comprender su plan, que consiste en introducirse por el

cañón de la chimenea y colarse hasta el piso principal.

—¡Qué horror!—exclamó la poetisa tapándose la cara con las manos.—¡Se va á tiznar! Si al menos tuviera donde lavarse antes de presentarse á ella.

—No importa que se tizne,—continuó el novelista.—Yo pintaría á la dama muy hermosa, sí, pero con una contracción en el rostro que denota sus feroces instintos. Ha tenido muchos amantes; es mujer caprichosa, uno de esos caracteres corrompidos que tanto abundan en la sociedad, marcando los distintos grados de relajación á que llega en cada etapa la especie humana. Ha tenido, como decía, muchísimos querindangos, y al fin viene á enamorarse de un negro traído de Cuba por cierto banquero, que es un agiotista inciuo, un bandolero de frac.

Con estos antecedentes, ya puedo desarrollar la situación dramática, de un efecto horriblemente sublime. Veamos: ella está en su cuarto, lánguidamente sentada junto á un veladorcillo, y piensa en el Apolo de azabache, charolado objeto de su pasión. Hojea un álbum, y de tiempo en tiempo su rostro se contrae con aquel siniestro mohín que la hace tan espantablemente guapa. De repente

se siente ruido en la chimenea: la dama tiembla, mira, y ve que de ella sale, saltando por encima de los leños encendidos, un hombre tiznado: en su delirio cree que es el negro: dominanla al mismo tiempo el estupor y la concupiscencia. La luz se apaga ¡Pataplúm!... ¿Qué les parece á ustedes esta situación?

—Digo que es usted el mismo demonio ó tiene algún mágico encantador que le inspire tan admirables cosas—respondí confuso ante la donosa invención de D. Marcos, que me parecía en aquel momento superior á cuantos, entre antiguos y modernos, habían imaginado las más sutiles trazas de novela.

La poetisa estaba un tanto cabizbaja, no sé si porque le parecía mejor lo suyo ó porque, teniendo por detestable el engendro de D. Marcos, consideraba á qué límite de fatal extravío pueden llegar los más esclarecidos entendimientos. No estará demás que con la mayor reserva diga yo aquí, para ilustrar á mis lectores, que la poetisa tenía, entre otros, un defecto que suele ser cosa corriente entre las hembras que agarran la pluma cuando sólo para la aguja sirven: es decir, la envidia.

“Pues verán ustedes ahora — continuó

D. Marcos—cómo armo yo el desenlace de tan estupendo suceso. A la mañana siguiente hállase la dama en su tocador, y ha gastado dos pastas de jabón en quitarse el tizne de la cara. Su rabia es inmensa: está furiosa; ha descubierto el engaño, y en su desesperación da unos chillidos que se oyen desde la calle. El joven, por su parte, trata de huir, al ver el enojo de la que adora. Quiere matar al desconocido mandinga, de quien está celosísimo; pero en lugar de bajar la escalera, se ve obligado á subir por el mismo cañón de la chimenea para no ser visto de cierto conde que entra á la sazón en la casa.

La fatalidad hace que no pueda subir por el cañón, habiendo sido tan fácil la bajada; y mientras forcejea trabajosamente para ascender, resbala y cae al sótano y de allí, sin saber cómo, á un sumidero, yendo á parar á la alcantarilla, donde se ahoga como una rata. La ronda le encuentra al día siguiente, y le llevan, en los carros de la basura, al cementerio. Como aquí no tenemos *Morgue*, es preciso renunciar á un buen efecto final.

Así habló el realista D. Marcos. Cantarranas estaba más nervioso que nunca, y la

poetisa sacó un pomito de esencias, para aplicarlo al cartucho que tenía por nariz: este singular pomito era el *flacon* que había visto en todas las novelas francesas. Es la verdad que D. Marcos le inspiraba profunda repugnancia, y por eso le llamaba ella *barril de prosa*, sin duda por vengarse del otro, que en cierto artículo criticó la llamó una vez *espuerta de tonterías*.

Yo no sabía qué hacer en presencia de dos fallos tan autorizados y al mismo tiempo tan contradictorios. Vacilaba entre figurar á mi héroe dando migajas de pan al pajarito, ó metiendo la cabeza en los sumideros del palacio de su amada. Miré al magnífico duque, y le ví con la cabeza gacha y colgante, como higo maduro. La poetisa se hallaba en un paroxismo de furor secreto. ¿Cómo podía yo decidirme por una solución contraria á las ideas de Cantarranas, cuando éste era mi Macenas, ó, para valerme de una de sus más queridas figuras, corpulento roble que daba sombra á este modesto hisopo de los campos literarios? Y al mismo tiempo, ¿cómo desairar á D. Marcos, tan experimentado en artes de novela? ¿Cómo renunciar á su plan que era el más nuevo, el más extraño, el más atrevido, el más sor-

prendente de cuantos había concebido la humana fantasía? En tan crítica situación me hallaba, con el manuscrito en las manos, la boca abierta, los ojos asombrados, indeciso el magín y agitado el pecho, cuando vino á sacarme de mi estupor y á cortar el hilo de mis dudas la voz del cuarto de los personajes que el jurado componían. Hasta entonces había permanecido mudo, en una butaca vieja, cuyas crines por innumerables agujeros se salían; allí estaba, con aspecto de esfinge, acentuado por la singular expresión de su rostro severo. Creo que ha llegado la ocasión de describir á este personaje, el más importante sin duda de los cuatro, y voy á hacerlo.

IV

Si cuarenta años de incansable laboriosidad, de continuos servicios prestados al arte, á las letras y á la juventud son título bastantes para elevar á un hombre sobre sus contemporáneos, ninguno debiera estar más por cima de la vulgar muchedumbre que don Severiano Carranza conocido entre los árca-